

La misma pulga

Guillermo Santamarina

No me gustan las cosas como están. Se me han apagado las capacidades de sorpresa, o ya me aturdió el intríngulis del mercado del arte, o ya me aburrí de flacas cuotas políticas, o porque tal vez es que ya no es posible una derivativa superficial más para la sala, el colchón, don colchón, doña sala... o a lo mejor es simplemente porque ya me aburrí, perdón... otra vez me la inventé.

De los artistas y sus ausencias de riesgo y compromiso sincero, de los profesionales del arte, de la *mélange* bohemia, del aguacero, hasta de los buenaonderos, ya... fiuu.

Leo el Manifiesto de 1960 que escribió Mathias Goeritz hace más de cuarenta años y no puedo evitar sentir lo mismo que él.

Vean: "estoy harto de la pretenciosa imposición de la lógica y de la razón, del funcionalismo, del calculo decorativo y, desde luego, de toda la pornografía caótica del individualismo, de la gloria del día de la moda del momento, de la vanidad y de la ambición, del bluff y de la broma artística, del consciente y subconsciente egocentrismo, de los conceptos inflados, de la aburridísima propaganda de los ismos y de los istas, figurativos o abstractos. harto también del griterío de un arte de la deformación, de las manchas, de los trapos viejos y pedazos de basura; harto del preciosismo de una estética invertida que festeja la exteriorizada belleza de lo destruido y podrido; harto de todas estas texturas interesantes y de los juegos vacíos de una educación puramente visual o táctil. no menos harto estoy de la abundante ausencia de la sensibilidad que, con dogmas oportunistas, sigue presumiendo, todavía, de ser capaz de sacar jugo a la copia o a la estilización de una realidad heroicamente vulgar. estoy harto, sobre todo, de la atmósfera artificial e histérica del llamado mundo artístico, con sus placeres adulterados. quisiera que una silla sea una silla, tal y cual, sin toda la enfermiza mistificación inventada en torno suyo. estoy harto de mi propio yo que me repugna más que nunca cuando me veo arrastrado por la aplastante ola del arte menor y cuando siento mi profunda impotencia.

Estoy convencido, por fin, que la belleza plástica, en la actualidad, se presenta con más vigor donde menos interviene el llamado artista.

Habrá que rectificar a fondo todos los valores establecidos: icrear sin preguntar en qué! hacer o, por lo menos, intentar que la obra del hombre se convierta en una oración plástica.

Mathias goeritz (manifiesto 1960)

valores de la comprensión; da cuenta de una mirada fija que registra la configuración de la presencia de quién mira, y de lo que es observado. James Brown logra dejar hablar nuevamente a la pintura para llevarla a su última residencia, al límite de lo que puede decir. Con ello, desplaza la atención estética del ámbito de lo reconocible al ámbito de la poética; otorga cualidades inéditas al lienzo y a la imagen, relacionadas con los modos de experimentar la propia materialidad.

Mario de Vega (Ciudad de México, 1979), vuelve a una intervención singular, resultado de una acción vehemente inspirada en la *Estética de la desaparición* de Paul Virilio —filósofo francés que ha trabajado en numerosas exposiciones de arte contemporáneo. En 2000 se inauguró en Japón el Museo de las Catástrofes, realizando bajo su dirección y proyecto— quien afirma que el ser humano inventa sus propias relaciones con el tiempo para así, dejar paso a la potencia creadora de lo no visto y el poder de la ausencia. Virilio habla también de los fenómenos de la sorpresa estética, de donde podría deducirse que la estética de la desaparición renueva la aventura de la apariencia. Es así como de Vega presenta la obra *Match* en la que se evoca un hecho sucedido o no, en el que la intervención al sitio queda visible en un intento de modificar las apariencias.

Match, la obra de Mario de Vega, concuerda con los fundamentos del recurso expresivo denominado desde hace más de treinta años como “arte acción”. La intención del arte acción es apropiarse de la vida a través de cualquier tipo de acción que tenga una intención estética consciente y elaborada; puede fincarse en la expresión de la subjetividad, en una reflexión sobre asuntos filosóficos, de conciencia ecológica, de identidad social o individual, sexualidad, política, etcétera. En

el arte acción parte de la realidad misma es una obra de arte, que no es una mercancía, no se vende ni se compra, no es un objeto para contemplar y apropiarse de él, es un acto humano que se lleva a cabo en un espacio y tiempo determinados. Cada vez distinto, pleno de vida presente. Que sucede en realidad, no como una representación sino como la vida misma.¹

Al término de la Modernidad, las estructuras dentro de la concepción plástica se expandieron; a partir de ese eje el estado de concentración del objeto artístico se “introyecta” aún más, incluso anunciando su probable desaparición. En efecto, serán las cargas históricas, los planos de conciencia, las cuotas sociales y políticas, o simplemente los escenarios los elementos protagónicos de la expresión artística. El ejercicio de la instalación sito-específica consigna particularmente a esos constitutivos. El espacio y los vestigios que permanecen después de la acción estética, son testimonio de la deriva en la que se sumergen los artistas bajo la *Estética de la desaparición*. Confrontando la picnolesia y las formas epilépticas convenientes en las sociedades urbanas contemporáneas, Paul Virilio afirma que el ser humano inventa sus propias relaciones con el tiempo, para así dejar pasar la potencia creadora de lo no visto, o lo pre-conceptualizado propio de la esfera adulta. Los poderes de la ausencia, aunados a los fenómenos de la “sorpresa estética”, renuevan la apariencia de la forma. Ahí los fundamentos de una gruesa porción del arte de nuestros días.

Guillermo Santamarina —
cruda temporada de frentazos.

¹ Para conocer la extensa onda de la obra *Match* de Mario de Vega, la nota de Rubén Bonet en *Replicante*, num. 11, 2007.